Tomo I. Num. 21. — 161 — 1.° de Setiembre de 1844.

LA CARCAJADA,

ENCICLOPEDIA

DE GRACIAS, SALES, CHISTES, DONAIRES Y OCURRENCIAS

DE LOS MAS CÉLEBRES ESCRITORES ANTIGUOS.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

Sátira contra la Marquesilla.

En ti tienda sus redes la ignorancia,
para los que pidieren á sus padres
de su porcion debida la sustancia.
A estos muerdas, y á los otros ladres:
y por ver á sus hijos lastimados,
te den su maldicion doscientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados,
en sus canudas barbas te regales,
haciendo rica presa en sus ducados:
Y á otros que se precian de leales,
con vanos favorcillos entretengas,
y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes, te detengas,
y con los que veas tibios, te apresures,
y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
fingiendo que la temes, y que ignora
los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
y el necio sin pagarte se desmanda,
di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!
Y cuando veas al triste que se ablanda,
lleguen el portugués con el joyero,
este con oro, el otro con holanda.
Dirás como los médicos, no quiero,
alargando la mano á la presea,
con que te esté rogando el majadero.
Y dirás, como sueles, si desea
ser tu favorecido, que dé muestra,
en donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
dándote mil recaudos al oido,
(leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido,
mientras hablais vosotras, muy compuesto,
ó, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
ni descubrir tus faltas en la calle,
pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
cierto tributo, censo, ó alcabala,
pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Cuando sale quien digo de la sala,
le vuelves á llamar con gran caricia,
ó sales tú con él hasta la escala:
Y allí, disimulando tu codicia,
le pides un catálogo de cosas,
como si las debiera por justicia.
El, ambas las megillas hechas rosas,
arrepentido ya de verse en ello,
y de emprender empresas tan costosas,
No sabe que decir, que tiene el cuello
ceñido con tus brazos, y los ojos
clavados, por su mal, en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos;
y quisiera tambien á menos costa
comprar, pues que se venden, los despojos.
Imaginasle tú la bolsa angosta,
ó por ser muy avaro, ó por ser pobre,
personas de quien huyes por la posta:
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
ó como buen artífice en la piedra
tocando, conocer si es oro ó cobre,
Enmarañaste del cual verde yedra,
(no te comparo mal, pues que se dice,
que nunca el arbol que la tiene medra),
Diciendo, buena prueba, Señor, hice
de vuestra fé, sino fingida, tibia,
con que, para mi mal, me satisfice.
Si yo os mandara humedecer la Libia,
si oponer vuestros hombros á la carga,
que en los de Atlante nunca el tiempo alivia:

Si peregrinacion pidiera larga,
donde estuviera en duda el volver vivo,
ó cierta en el progreso vida amarga;
¿Pudierades estar mas pensativo?
¿pudierades dudar de tal manera,
y mostraros con migo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
y como que quisiera, que pagára,
porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
que por necesidad, ó por codicia
en cosa tan pequeña reparára.
Mal de mi condicion teneis noticia:
que aunque no lo trugérades tan presto,
no os sacára yo prendas por justicia.
Pero no reparemos mas en esto:
solo vivid seguro de que os amo,
y que no me sereis jamás molesto.
El triste ya, cual pece asido al hamo,
ó como ciego pájaro que viene
llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
quiere tomar prestado, ó con usura,
sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa, ni cordura,
y niega, que jamás dudase en algo,
y aun, para ganar crédito, lo jura.
Asi lo creo yo de un noble hidalgo,
respondes tú, soltando la cadena,
que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Magdalena,
pide para chapines, ó una toca,
y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices, calla loca,
y á este otro, tú, rapaz, tambien te atreves:
y por detrás les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal prisa el jueves,
como le dais vosotras entre dientes,
diciendo, pagarás lo que no debes.
O tú, que con pagarlo no lo sientes,
y cansarás, pidiendoles prestado,
despues á tus amigos y parientes:
Si alguna vez, ó veces has pasado
de Aragon á Castilla, y en los puertos
del uno y otro reino registrado:
Adonde los derechos hacen tuertos,
y con decreto, y órden de justicia
roban en los poblados y desiertos:
Adonde puede tanto la codicia,
que no son tan mudables venecianos,
cuando á alguno prometen su amicicia:
Cuando aquellos ladrones, y villanos
en olvidar al rey, si el caminante
les pone de sus armas en las manos,
Conocerás agora, ó adelante,
que es mayor el trabajo que se pasa
con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
los derechos tiránicos, que llevas
de entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
al entrar por los puertos el derecho,
y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
ni como mercader tener oreja
abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto, que eres vieja;
mas téngote por ropa tan traida,
que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
ha de soltar á su pesar la risa,
si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu señora á misa,
como fraile novicio, que no mira
acá ni allá mas suelo del que pisa.
¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma,
y que á las once mil tu intento aspira?
Quien sepa, como yo, que en esa calma
seceden por momentos torvellinos,
que anegan las agenas, y tu alma.
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
que ven salir y entrar en tu posada
los recien emplumados palominos.
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
de estar labrando soliman, y mudas,
ella desnuda, y tú muy enjoyada.
Ni el que suele soltarme cien mil dudas
(si se lo preguntase), cuyo nombre
es del que sucedió en lugar de Judas.
Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
que en darte y abstenerse tal anduvo,
que le doy Alejandro por renombre.
Ni lo dirá tampoco quien estuvo
de Mantua, por tu causa, foragido,
y el perdon por dineros despues hubo.
Ni menos lo dirá quien ha leido
lo que con apariencia va cubierto,
si con la vista pasa del vestido.

(Se continuará).

L. DE ARGENSOLA.

ROMANCE.

Dejad los libros ahora,
señor licenciado Ortiz,
y escuchad mis desventuras
que á fé que son para oir.
Yo soy aquel gentil hombre,

digo, aquel hombre gentil,
que por su Dios adoró
á un cieguezuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
no una vez, sino cien mil,
en las aras de una moza,
tal cual os la pinto aquí.
El cabello es de un color,
que ni es cuarto ni es florin,
y la reclevada frente
ni azabache, ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
muy mas larga que sutil,
y los ojos mas compuestos
que son los de quisvelquí:
entre cuyos bellos rayos
se derribe la nariz,
terminando las dos rosas
frescas señas de su abril.
Cada labio colorado
es un precioso rubí,
y cada diente el aljofar
que el alba suele vestir.
El aliento de su boca
todo lo que no es pedir,
mal haya yo si no escede
al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho
no tiene que competir
el nacar del mar del Sur,
la plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
hermoso y blanco alguacil
de libertad y de bolsas,
es de nieve y de neblí.
Lo demas, letrado amigo,
que yo os pudiera decir,
por mi fé que me ha rogado
que lo calle el faldellin:
aunque por brújula quiero,
si estamos solos aquí,
como á la sota de bastos
descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
este señor hasta el fin;
si hay serafines trigueños,
la moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
porque una vez que la ví
entre mas de cien mil blancas,
ella fué el maravedí.
Y porque no sin razon
el discreto en el jardin
coge la negra violeta,
y deja el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
lo que llaman por ahí
los jacarandos respeto,
los modernos tahelí.
En cuyos alegres años
desde el ave al peregil,
por esta negra odisea
la bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
vistió flamenco tapiz,
y en el verano sus piezas
andaluz guadamecí.
Hoy desecha lo blanco,
mañana lo carmesí,
hasta que en la peña pobre
quedó hermitaño Amadís.
Preguntadlo á mi vestido,
que riéndose de mí
si no habla por la boca,
habla por el bocací.
Ya iba quedándome en cueros
á la lumbre de un candil,
casi pasando el estrecho,
de no tener y pedir;
cuando Dios en hora buena,
me fué forzoso el partir
á la ciudad de la córte,
á la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
á suspirar y gemir
mas que viuda en el sermon
de su padre fray Martin.
Dijo que acero seria,
en esperar y sufrir:
fué despues cera, y si acero,
ella se tomó de orin.
Ternísima me pidió,
que ya que quedaba así
la ovejuela sin pastor,
no la deje sin mastin.
Y así le dejé un mulato
por espia y adalid,
que á mí me esperó en saliendo,
y se lo vino á decir.
Dejéla en su antiguo lustre,
y luego que me partí
echó la carnaza afuera:
¡Oh maldito borceguí!
Púsome el cuerno un traidor
mercadante corchapin,
que tiene bolsa en Oran
é ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote,
de los mas lindos que ví,
precioso pero pesado,

como palo de brasil.
¡Oh interes, y como eres,
ó por fuerza ó por ardid,
para los diamantes sangre,
para los bronces buril!
Déme Dios tiempo, en que pueda
tus proezas escribir,
y quítemelo en buen hora,
para los hechos del Cid.
Y vos tronco, á quien abraza
la mas lujuriosa vid,
que este lagrimoso valle
ha sabido producir;
vivid en sabrosos nudos,
en dulces trepas vivid,
siempre juntos á pesar
de algun loco paladin.

LUIS DE GÓNGORA.

ROMANCE.

A la orilla de un pellejo,
en la taberna de Lepre,
sobre si bebe poquito,
y sobre si sobre bebe,
Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes,
se dijeron mesurados
lo de sendos remoquetes.
Hubo palabras mayores,
de lo de no como liebre,
ni yo á la muger del gallo,
nadie ha visto que la almuerce,
¿Tú te apitonas conmigo?
¿Hiédete el alma, pobrete?
salgamos á berrear,
veremos á quien le hiede.
Hubo mientes como puños,
hubo puño como el mientes,
granizos de sombrerazos,
y diluvios de cachetes.
Hallóse allí Calamorra,
sobre si no mata siete,
bravo de contaduría,
de relaciones valiente.
Con lo del téngase digo,
y un varapálo solemne,
solfeando coscorrones
hace que todos se arredren.
Zamborondon, que de zupia
enlazaba el capacete,
armado de tinto en blanco,
con malla de cepa el vientre,
acandilando la boca,
y sorbido de mofletes,
á la campaña endereza,
llevando el vino á traspieses.
Entrambos las hojarascas
en el camino previenen,
el uno la sacabuches,
y el otro la sacamete.
Séquito llevan de danza,
en puros pícaros hierven;
por una y por otra parte
van amigos y parientes.
Acogióse á toda calza
á dar el punto á la Mendez,
el cañon de Mascaraque,
Marquillos de Turuleque.
A la puente segoviana
los dos jayanes descienden
asmáticos los resuellos,
descoloridas las teces.
Como se tienen los dos
por malos correspondientes,
de espaldas van atisbando
los pasos con que se mueven.
Manzorro, cuyo apellido
es del solar de la equis,
que metedor y pañal
de paces ha sido siempre,
preciado de reportorio,
y almanaque de caletre,
quiso ensalmar la pendencia,
y propuso que se cuele.
Bramaban como los aires
del enojado noviembre,
y de andar á sopetones,
los dos están en sus trece.
Mojagon que del sosquin
ha sido zaino eminente,
y en los soplos y el cantar
es juntos órgano y fuelles;
dijo en bajando á lo llano
que están entre el parque y la puente,
para una danza de espadas
el sitio dice comedme.
Los dos se hicieron atrás,
y las capas se revuelven;
sacaron á relucir
las espadas hechas sierpes.
Mascaraque es Angulema,
científico y Archimedes,
y mas amigo de atajo
que las mulas de alquileres.
Zamborondon que de líneas
ninguna palabra entiende,
y esgrime á lo colchonero

Euclides de mantinientes;
desatando torbellinos
de tajos y de reveses,
le rasgó en la geta un palmo,
le cortó en la cholla un geme.
Acudieron dos lacayos
y gran borboton de gente,
andaba el téngase á fuera,
y llamen quien los confiese.
Tirábanse por encima
de los piadosos tenientes,
amenazando la caspa
unas heridas de á peine.
En esto desaforada
con una cara de viernes,
que pudiera ser acelga
entre lentejas y arenques,
la Mendez llegó chillando,
con trasudores de aceite,
derramando por los hombros
el columpio de las liendres.
El voto á Cristo arrojaba,
que no le oyeron mas fuerte
en la legua de Getafe
ni las mulas ni los ejes.
¿Cuándo pensé que tuvieras
que contar mas una muerte,
te miro de Mari barbas
con dos rasguños las sienes?
¿Andaste tú reparando
si Moñorros me divierte,
y no reparas un chirlo
que todo el testuz te hiende?
¿Estaba esta hoja en Babia
que no socorrió tus dientes?
¿De recibidor te precias
cuando por dador te vendes?
Llegóse á Zamborondon
callando bonicamente,
y sonóle las narices
con una navaja acércen.
Diciendo: chirlo por chirlo
goce de este la Pebete;
quien á mi amigo atarasca
mi brazo le calavere.
A puñaladas se abrazan,
unos con otros se envuelven,
andaba el moja la olla
tras la goda delincuente.
Cuando se vieron cercados
de alguaciles y corchetes,
de plumas y de tinteros,
de espadas y de broqueles.
Al ténganse á la justicia
todo cristiano ensordece;
favor al rey piden todos
los chillones escribientes.
La Mendez dijo, mancebos,
si favor para el rey quieren,
á mí me parece bien,
llévenle esta cinta verde.
Unos se fueron al ángel
con el diablo á retraerse,
otros por medio del rio
tomaron trote de peces.
Manzorro cogió dos capas,
una vaina y un machete;
que desde niño se halla
lo que á ninguno se pierde.

F. DE QUEVEDO.

ROMANCE.

Á UN ENANO.

Si de tu cuerpo he de hablar,
tu cuerpo prestarme puedes,
y dos higas á la musa
que mas sútil influyere.
Qué diré de sutilezas
en mis delgados motetes,
pues á tu enana estatura
seis dedos le lleva un ente.
Nadie de tu cuerpo sabe
porque es de casta de duende,
de quien se quejan los ojos
porque verte no merecen.
Tú que sincopada el alma
no das que hacer á la muerte,
siendo un grano de mostaza
mauseolo en que te entierres.

Tan nada naciste al mundo
y tanta pequeñez tienes,
que no estorváras á un ojo
si dix en su niña fueses.
De cuando fuiste al estudio
murmura toda la gente,
que á *reminimus* llegaste
sabiendo á *brevis et breve*.
Si se compara contigo
y si á cotejarse viene,
es gigante el invisible,
es gigante toda liendre.
De Leandro te examinas,
pues en un dedal que bebes
peligrarás de ahogado
sino te favoreciesen.
De buena vista presuma
cualquier hombre que te viere,
profesar de Zahorí
con tan fuerte examen puede.
Hipócrita en cuerpo y alma,
don Perico Quilez eres,
embelecador de talle
que con apariencias miente.
Un poeta desvelado
esto te habló de repente
con los ojos en ayunas
de dormir, y de no verte.

S. J. Polo de Medina.

Sonetos.

JUSTIFICA SU TINTURA UN TIÑOSO.

La edad, que es lavandera de bigotes,
con las jabonaduras de los años,
puso en mis barbas á enjugar sus paños,
y dejó mis mostachos Escariotes,
Yo guiso mi niñez con almodrotes,
y mezclo pelos rojos y castaños;
que la nieve que arrojan los antaños,
aun no parece bien en los cogotes.
Mejor es cuervo hechizo que canario:
mi barba es el cien vinos todo entero,
tinto y blanco, y verdea y letuario.
Negra fué siempre, negra fué primero:
jalvególa despues el tiempo vario:
luego es restitucion la del tintero.

RIESGO DE CELEBRAR LA HERMOSURA DE LAS TONTAS.

Sol os llamó mi lengua pecadora,
y desmintióme á boca llena el cielo:
luz os dije que dábades al suelo,
y opúsose un candil que alumbra y llora.
Tan creido tuviste ser aurora,
que amanecer quisiste con desvelo:
en vos llamé rubí lo que mi abuelo
llamára lábio y geta comedora.
Codicia os puse de vender los dientes,
diciendo que eran perlas: por ser bellos
llamé los rizos minas de oro ardientes.
Pero si fueran oro los cabellos,
calvo su casco fuera; y diligentes
mis dedos los peláran por vendellos.

SIGNIFICA LA INTERESABLE CORRESPONDENCIA DE LA VIDA HUMANA.

Representa esta moralidad con la fábula del Cojo y del Ciego que recíprocamente se ayudaban.

El ciego lleva á cuestas al tullido:
digola maña y caridad la niego;
pues en ojos los piés le paga al ciego
el cojo, solo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
si á discurrir en sus astucias llego:
pues yo te asisto á tí por tu talego;
tú, en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me das los piés, te doy los ojos:
todo este mundo es trueco interesado;
y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado:
pues unos somos ciegos, y otros cojos,
ande al pié con el ojo remendado.

F. de Quevedo.

LA GATOMAQUIA.

Poema burlesco de

D. FELIX LOPE DE VEGA.

Silva sesta.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo
llamado Rodamonte,
porque rodó de un monte,
supo que llevaba Mandricardo
la bella Doralice,
como ariosto dice,
á diez y seis de agosto,

que fue muy puntual el Ariosto,
cuenta que dijo cosas tan estrañas,
que movieran de un bronce las montañas
prometiendo arrogante
no ver toros jamás, ni jugar cañas,
aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
ni comer á manteles,
ni correr sin pretal de cascabeles,
ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
porque mas el enojo encareciese,
ni dar á censo, ni tomar mohatra,
ni pintar con el aspid á Cleopatra.
Y lo mismo decia cuando el rapto
de Helena fementida
el griego rey Atrida
contra el pastor para traiciones apto,
que dió en el monte Ida
en favor de Acidalia la sentencia;
que hay muchas en la Vera de Plasencia,
que vienen mas tempranas,
si las hacen los ojos
de juveniles bárbaros antojos,
que aun no repara en canas
esto que todos llaman apetito,
y mas donde no tienen por delito,
que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo este proemio
quiere decir en suma,
aunque era campo de estender la pluma,
lo que el valiente Micifuf, oyendo
el suceso estupendo
del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
dijo con voz furiosa,
cuando galan venia á desposarse,
tan imposible ya de remediarse:
de las tremantes ratas
fugitivo escuadron con piés ligeros
temeroso ocupó los agujeros,
y arrojando la gorra,
que fue de un ministril de Calahorra,
hizo temblar la tierra,
á fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
mesándose las barbas y cabellos
blancos, que nunca blancos fueron bellos,
culpaba su tardanza,
porque las dilaciones
pierden las ocasiones,
porque en la calva tienen un copete,
que solo se le coge el que acomete,
porque aguardar á que la espalda vuelva
es seguir un venado por la selva,
que alcanzarle no fuera maravilla
quien le fuera siguiendo por la villa.
Micifuf la tardanza disculpaba
con que lejos vivia
el zapatero que esperando estaba:
¡ó cuántos males causa un zapatero!
y que despues calzarle no podia,
aunque los dientes remitiese al cuero,
las botas justas que con calza larga
era la gala entonces, que por fresco
dicen autores que mató el gregüesco,
por quitar la opresion de tanta carga.
¡Oh quién para olvidar melancolias,
de las que no se acaban con los dias,
un gato entonces viera
con bota y calza entera!
¿Pero dónde me llevan niñerías
que en Italia se llaman vagatelas;
ingiriendo novelas
en tan funestos casos,
mas dignos de Marinos y de Tasos,
que de Helicona son solos y soles,
que de mis versos rudos españoles?
Lloraba Micifuf, lloraba fuego,
que fuego lloran siempre los amantes,
arrojando los guantes,
á quien los cultos llaman chirotecas,
(¡ó bien hayan Illescas y Ballecas!)
Sin admitir un punto de sosiego,
como en París el moro, en Troya el griego.
No suele de otra suerte pasearse
quien tiene algun estraño desconcierto,
sin que pueda apartarse
del negocio que trata,
pálido el rostro, de sudor cubierto,
como ya por su honor, ya por su gata
inquieto Micifuf se condolia
por dilatar de su venganza el dia.
En tanto pues que amigos y parientes
consultaban el modo,
como acabar del todo
agravios tan infames é insolentes;
Marramaquiz estaba
solicitando el pecho
de Zapaquilda de diamantes hecho,
que en la dura prision perlas lloraba
á guisa de la Aurora
que parece mas bella cuando llora;
que la muger hermosa
cuando baña la rosa
de las megillas con el tierno llanto,
aumenta la hermosura,
si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
produciendo concetos
de su locura efetos,

ya en prosa ya en poesia,
desvelado la noche, y triste el dia,
se alambicaba el mísero celebro.
No dejaba requiebro
que no imitase tierno á los orates,
que el mundo amantes llama,
y de la tierna dama
amores y cariños,
hasta los disparates
que les dicen las amas á los niños
cuando les dan el pecho las mañanas
con intrínsico amor diciendo ufanas:
mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
mi Gonzalo; mas esto solamente
si se llama Gonzalo,
porque fuera requiebro impertinente
si se llamára Pedro, Juan ó Hernando
que convienen las flores con los frutos,
y á las cosas tambien sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
las plumas de las alas de los vientos,
dando á los dos primeros elementos,
esmeraldas al uno, al otro plata,
cuando salia por su amada gata
al soto de Luzon el triste amante,
sin respetar el arcabuz tronante
á buscar el gazápo entre las venas
de la tierra, que apenas
salir al campo osaba,
y de una manotada le pescaba.
No habia pez, ni pieza
de vaca en la cocina
que en volviendo Marina
á buscar otra cosa la cabeza
no caminase ya por los tejados
para el dueño cruel de sus cuidados,
tan ligero, veloz, tan atrevido,
que no paraba sin hacer ruido
hasta sacar la carne de la holla,
del asador la polla,
aunque sacase por estar ardiendo,
ó pelada la mano ó con ampolla,
fufú, fufú diciendo,
¡oh amor! y cuantas veces
de la misma sarten sacó los peces,
sin cucharas de hierro, ni de plata,
y la cruel á mas amor, mas gata!
«¿Es posible (decia
con lastimosas quejas)
ó mas dura que mármol á mis quejas,
(porque el gato las eglogas sabia)
y al amoroso fuego que me enciende
mas helada que nieve, Galatea,
que de mi fuego el hielo te defiende
de ese pecho cruel, que me desea
la muerte, que antes sea
la de tu Adonis Micifuf cobarde,
que gozarás cruel, ó nunca ó tarde,
que no te duelen tantas penas mias,
ni el verte tantos dias
cautiva en esta torre,
que ni te viene á ver ni te socorre,
que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba
Micilda me queria,
por tí la aborrecia
siendo gata de bien, siendo estimada
por honesta doncella, y retirada
de amigas, de papeles y paseos,
que clandestinos trazan himeneos.
¿Qué no dejé por tí, que te has casado
con un gato afrentado, que si fuera
afrenta entre los hombres el ser gato,
que la costumbre toda ley altera,
solo éste fuera gato por ingrato?»
«No te canses (la gata respondia
con ojos zurdos de Neron romano)
Marramaquiz tirano,
que siendo como es justa mi porfia,
ni he de temer tus daños,
ni me podrás vencer con tus engaños.»
¿Qué obstinacion, qué furia
te obliga Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
de tu celoso amante,
siendo tan arrogante
á su misma cruel naturaleza
se rebela teniéndote respeto,
añadiendo al ser noble el ser discreto.
Este apóstrofe ha sido
justamente advertido
á la gata cruel desamorada,
por lo que á los retóricos agrada
que adornan la oracion con voces puras,
y sacan un retablo de figuras,
que cuanto á mí, jamás me atravesára
con gente de uñas y de mala cara.

(Se continuará.)

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NUM. 4.